

28 LAS DIFERENTES AFECTACIONES: (I) SENSIBILIDADES, QUERENCIAS, AFECCIONES (EMOCIONES Y SENTIMIENTOS)

CONTENIDO

1. Introducción

2. Afectación, sensibilidad y percepción

- 2.1. El sentir y la percepción como actividad y pasividad
- 2.2. Existen diferentes formas de sensibilidad
- 2.3. La percepción es un acto complejo con entronque en lo particular y lo universal, que además suma la aprehensión, la memoria y la anticipación del futuro.
- 2.4. La percepción conlleva aspectos cognitivos en el reconocimiento y ve el entrecruzamiento de un doble sentir gracias a la afectación
- 2.5. La percepción, como forma de captación del mundo, se construye en un triple movimiento: la sensación, la nominación y la afectación. Psiquismo como sonar.

3. Inclinación, querencia y voluntad

- 3.1. La voluntad como libre albedrío o como consecuencia de disposiciones conocidas o desconocidas. Peso de la deliberación
- 3.2. Las querencias enlazan con las disposiciones y la estructura. Querencias e intenciones son movimientos diferentes.
- 3.3. Conviene distinguir y ordenar temporalmente, la querencia-inclinación, la querencia-volición, la voluntad-intención así como la deliberación.
- 3.4. La motivación se engarza en los motivos según actos supraordenados y según medios y fines

4. Las afecciones: emoción y sentimiento

- 4.1. Las emociones y los sentimientos humanos presuponen una evaluación y se definen por el carácter de la afectación. Siempre hay un objeto.
- 4.2. Las afecciones presentan un relativamente bien conocido sustrato neurobiológico. Más dudoso resulta precisar las especificidades.
- 4.3. Hay una importante influencia de las emociones, y de las afecciones en general, sobre la autoconciencia y la conciencia.
- 4.4. Las afecciones, modos particulares de afectaciones, responden a estímulos del mundo posible actual co-construido según la estructura psicológica relacional inmersa en la corporalidad
- 4.5. Emociones y sentimientos se inscriben en una experiencia del mundo conflictiva.
- 4.6. Sujeto, objetos, afecciones (emociones y sentimientos) forman un entramado con las querencias y las creencias. Sobre el contexto de algunas afecciones.

5. Sobre el apetito y el deseo

6. La conciencia y el tiempo, el reconocimiento del otro y el objeto

7. Bibliografía

1. INTRODUCCIÓN

La psiquiatría, en su vertiente psicopatológica como modo alterado, prolonga a la psicología: una teoría de la mente humana ha de permitir el transcurrir psicológico y también el psicopatológico. Cada humano es (portador de) una identidad; la identidad “es” en el instante y “permanece” en el tiempo –siempre- a través de la relación con el otro o lo otro; esa relación implica la afectación de la identidad por la alteridad, y sobre esa afectación se solapa la opinión. Únicamente porque el objeto se opone al sujeto se da la alteridad, y decir oposición –en su sentido general- es decir afectación. El funcionamiento psicológico y psicopatológico es afectación, ante todo y sobre todo.

Aunque todo sentir por definición afecta, situaremos la afectación propiamente dicha como 1) la modificación del individuo por cualquier proceso psíquico, 2) que va más allá de la elaboración implícita a tal proceso y 3) cuyo “más allá” tiene que ver con modificaciones del propio individuo y no con la elaboración psicológica del estímulo que ha iniciado el proceso. Hay afectación porque todo proceso psíquico y somático transcurre en un individuo (identidad), es decir en una estructura psíquica inmersa en la corporalidad.

La afectación es un hecho que me acontece, la afectación no representa nada, es lo que es. Secundariamente puede, siguiendo caminos asociativos, referirse al objeto y a la relación al integrarse en los meandros del lenguaje verbal con nuevas cadenas de afectaciones.

La afectación se conecta doblemente con la identidad (estructura y organización): 1) hacia atrás, puesto que la percepción, la opinión, la volición o la querencia surgen de un sistema que se encuentra en el origen de tales movimientos, 2) hacia delante, ya que la afectación es fruto –en un segundo momento- de la puesta en relación de lo percibido, querido, conocido con el sistema original.

A veces identificamos afectaciones y afecciones (emociones y sentimientos). Sin embargo la afectación como clase no se confunde con la afección, y el mejor modo de mostrarlo es que la afección, aunque es una afectación, es también afectante (“me veo afectado por mis miedos”, por ejemplo).

Las afecciones (emociones y sentimientos), a diferencia de las percepciones, no se localizan en una parte concreta del cuerpo y, a veces parecen carecer de objeto. Mientras que las percepciones pueden afectarme, las afectaciones no pueden ser, hablando con propiedad, percibidas. Cuando percibo: 1) sé que percibo corporalmente de manera específica y localizada, 2) sé lo que percibo (aunque sea difuminado). Cuando experimento una afectación: 1) siento en general algunas familiares sensaciones corporales, así sean a mínima, 2) no me dirijo como en la percepción directamente al objeto, sino –en su caso- a la propia percepción, la querencia o el pensamiento / lenguaje.

La afectación es el modo como todo –incluso yo mismo- me concierne. Y en el fondo, sé con profundidad del objeto e incluso sé de mí porque soy afectado.

No todos los sentires son afectaciones, aunque todas las afectaciones son sentires. Hay afectaciones que acompañan a los acontecimientos de índole eminentemente cognitiva, como por ejemplo la afectación tras realizar la suma $2+2=4$ o la afectación de lo que hemos denominado significado relacional (Zuazo, 1). El significado relacional no añade nada a la verdad o mentira del significado objetal. Únicamente puedo mentir si en la narración de mis acontecimientos digo que tal significado relacional está presente en mí sin ser así. En un primer abordaje, la certeza de la afectación habla sobre cómo yo reacciono ante la cosa; el significado objetal o referencial habla de la cosa. “La nieve es blanca” me digo, “la nieve” y “blanca” como plano del contenido (me) hablan y (me) afectan sentimentalmente. Que el sentimiento llame a la emoción propiamente dicha no confunde a ambas afectaciones, sino que justamente por ese movimiento en dos tiempos las diferencias. Pero también nos afecta la forma proposicional como un todo (“la nieve es blanca”).

Quizá de manera abusiva realizaremos un acercamiento entre proposiciones y signos. La creencia desde Russell (2) es comprendida como actitud proposicional: “Juan cree que P” es la relación de una persona (Juan) con una proposición (P). Desde la perspectiva que aquí presentamos podemos hablar de “actitud signíca” a pesar de que la polaridad verdad / mentira parece no tener nada que ver con el signo. Decir o pensar en un perro, sin embargo, supone verse afectado intrínsecamente por él. Ser afectado a su vez implica relación, la relación de la persona con ese signo, sea real o imaginario o más bien sin que tales calificativos entren en liza. El signo aunque no fuese sino por su vertiente afectante es una apócope de la proposición.

Hay también afectaciones que acompañan a otros sentires: 1) a la sensación y percepción, 2) a las inclinaciones, querencias y voliciones. Las afectaciones pueden ser sentimientos (inscritos en el significado relacional) y emociones. Un capítulo particularmente pertinente con respecto a las afectaciones, que trataremos después, es el de los valores. Finalmente, dado el peso que desde nuestra perspectiva toma la afectación para la identidad, estudiaremos esta última insistiendo en los aspectos ligados al sistema psíquico relacional.

Tan intrínseca a la vida es la acción sobre el medio como la afectación del organismo por este último. La afirmación podría incluso por su globalidad y evidencia resultar banal. Sin embargo pensamos que insistir en el peso de la afectación sigue teniendo gran interés ya que, más allá de sensibilidades y afectaciones (emociones y sentimientos), nos lleva –incluso- a la conciencia. No es otra la conclusión de Damasio (3) cuando describe que las modificaciones corporales son en cierta medida quienes van a representar al mundo, y sobre todo cuando afirma que “la astucia consiste en construir un informe de lo que pasa en el organismo, cuando el organismo está en interacción con un objeto (p. 219)”. Para el autor queda inscrita una narración cuyos personajes son el organismo y el objeto, “el inicio corresponde al estado inicial del organismo. El medio corresponde a la llegada del objeto. El final está hecho de reacciones que desencadenan las modificaciones en el estado del organismo”.

Sé que sé, tengo conciencia de que percibo, porque hay una simultaneidad íntima y constante entre: 1) la coherencia de la captación corporal y psíquica como unidad

constantemente presente, 2) el sentir y conocer el objeto, y 3) el sentirse y conocerse corporalmente modificado por la afectación de la relación con ese objeto.

Incluso desde un ámbito como el del cálculo matemático, la posición de Connes (en Changeux y Connes ,4, pp. 122-123) indica que mientras que en un primer nivel (que sería el del ordenador) “mecanismos preestablecidos permiten dar una respuesta precisa a un problema”, no es sino tras un segundo nivel cuando se manifestarán los cálculos propiamente humanos; ¿y qué los define?, justamente el que se dé “interacción entre los cálculos efectuados y una problemática personal”.

La querencia es algo que (me) sucede: es un acontecimiento. La emoción también es acontecimiento que me cae encima o más bien dentro. De igual modo, en otro nivel, el sentimiento –como el resto del plano del contenido del lenguaje- me aparece como inmediato, no buscado.

La querencia va hacia el objeto (aunque sea siempre inapropiado), la emoción permanece en el (cuerpo) individuo, incluso cuando, como en el miedo, se centra en el objeto. En este sentido la emoción se zambulle en lo afectivo y la impresión, mientras que la querencia se hace efectiva y expresión.

La emoción señala una querencia previa: porque quiero algo surge la emoción como guía; la querencia previa se actualiza en ciertas emociones y se inscribe en lo potencial y disposicional.

Querencia e ideación no se confunden. Los simples decires, “me gusta la rosa” o “quiero tener una rosa”, no se solapan con las querencias. Si ambas proposiciones son verdaderas (o falsas) es porque se refieren a algo distinto a ellas mismas, la cualidad de ese algo transforma la ideación en querencia.

Sin embargo, aunque decir que “lo siento” no es como sentirlo, la experiencia de “decir que lo siento” conlleva un sentir. Además el que pueda mentir (diciendo que siento lo que no siento) muestra el sentir como acontecimiento en el sentido del “hecho” en Russell (2): la posibilidad de engaño en un decir que nos habla de un acontecimiento.

En la experiencia hay una autorreferencialidad, una afectación del individuo por un determinado contenido que en ese instante lo ocupa (casi) todo. Ese contenido puede asimilarse a la intencionalidad; toda experiencia conlleva un sentir.

Únicamente el acontecimiento es asunto de experiencia. El acontecimiento aparece, está ahí, con evidencia. El acontecimiento se siente y se siente como afectante, me afecta como cuerpo, como identidad desplegándose en biografía.

Todo acontecimiento es concreto, aquí y ahora. La mención del “círculo” o de la “cueva” que me angustian son clases, abstractas si se quiere, que en su referir no nos hablan de éste o de aquel círculo, de ésta o de aquella cueva, sin embargo como afectación me encierran, me cortan el oxígeno aquí y ahora, concretamente. El pasado y el futuro (anticipación) me afectan en el instante presente de su actualización.

Conciencia y sentir se entrelazan pesadamente en todas las actividades psicológicas cualquiera que sea la índole cognitiva o afectiva. Aunque Descartes (5) considera que sin las facultades del imaginar y del sentir “puedo muy bien concebirme clara y distintamente ... (p.105)” en su segunda meditación (p.63) introduce el “me parece que” tiñendo sensiblemente la cognición; respondiéndose a posibles sugerencias de que duerme o es engañado, el filósofo escribe: “sin embargo, al menos, es muy cierto que me parece que veo luz, que oigo ruido, que siento calor; eso no puede ser falso: y es propiamente lo que en mí se llama sentir; y eso precisamente no es ninguna otra cosa que pensar”.

El “me parece que” de la conciencia cartesiana enlaza con el “siento que” pero también con el “opino que” y el “creo que”. No parece rebuscado pensar que el valor concedido por Descartes a estas reflexiones fue muy alto.

Sobre los múltiples enlaces de la afectación con todos estos temas vamos a tratar en el presente trabajo. Para ello los distribuiremos en tres grandes partes sucesivas: 1) en primer lugar la afectación y los sentires; 2) después estudiaremos la afectación en sus relaciones con el valor y la creencia; 3) finalmente trataremos sobre la identidad y el objeto con respecto a la afectación.

2. AFECTACIÓN, SENSIBILIDAD Y PERCEPCIÓN

Cuando conozco algo, y la aserción también vale para la percepción, lo reconozco, incluso cuando no lo hubiese percibido antes lo reconozco como “no conocido”. Pero tal acontecer, mientras no ocurra la nominación, me mantiene en el aquí y ahora de la adhesión a la sensación. De esta reflexión habremos de extraer dos consecuencias: 1) el reconocimiento “débil” de lo percibido exige que el percepto sea atribuido a un tipo o clase: “es el fenómeno del reconocimiento mismo- escribe Eco (6)- quien nos empuja a hablar de tipo, precisamente, como parámetro permitiendo comparar distintas ocurrencias... (p.181)”. El momento perceptivo, sea ya semiosis o pre-semiosis, aunque no constituye aún conocimiento categorial (p.201), es sin embargo definido por Eco (6, p.180) como “tipo cognitivo”; 2) únicamente en el marco del lenguaje verbal tomaremos distancias de la sensación con la plena consciencia y con la capacidad de transmitir socialmente las ocurrencias. Por otra parte, la nominación no exige que lo nominado sea claro y distinguible, una “vaga sensación”, un dolor, una “atmósfera” circunstancial, aún difusamente son, por reconocidas, nominadas con tales expresiones.

2.1 El sentir y la percepción como actividad y pasividad

Kant (7) ve en la experiencia interna un conocerme a mi mismo haciendo de ella pura receptividad, “las representaciones –escribe (p.34)- con respecto a las cuales la mente se conduce pasivamente, o sea, por las cuales es afectado el sujeto (que puede afectarse a sí mismo o ser afectado por un objeto), pertenecen a la facultad del conocimiento sensible, mientras que aquellas que encierran un mero hacer (el pensar) pertenecen a la del conocimiento intelectual”. Pensar y padecer se hacen para el autor alternativas: el “sentido interno”, como apercepción empírica del dominio de la psicología (p.26), sería el modo en que el hombre es afectado por el juego de sus propios pensamientos (activos).

Acción y pasión, sin embargo, se mezclan profusamente en el psiquismo, “lo que es pasión respecto a un sujeto –escribe Descartes (8, p.53)- es siempre acción en algún otro respecto”; y más adelante (p.86) continúa, “aunque respecto de nuestra alma sea una acción querer alguna cosa, puede decirse que también es una pasión percibir que ella quiere”.

La percepción, como bien nos lo ha señalado la psicología cognitiva, es constructiva. Querer alguna cosa implica ser afectado por la querencia, el propio plano del contenido del signo me afecta, la emoción es también dinámica y activa. Percibir sea la cosa o el dolor, por cualquier canal sensorial, como lo afirmaba Spinoza (9), es realizar una aserción en todo su pleno sentido: “¿Qué es, en efecto, percibir un caballo alado sino afirmar la existencia de un caballo con alas? (p.68)”.

2.2 Existen diferentes formas de sensibilidad

La sensibilidad como sustantivo general comprendiendo todos los sentires, es pasividad, pero pasividad como poder de ser afectado: siento por que puedo colocarme en la frecuencia de transmisión del estímulo. El producto de la sensibilidad, así sea poco concreto en ocasiones, es inmediato e indudable. Morfaux (10) define la sensibilidad como “facultad de experimentar emociones o sentimientos, estados agradables, tomar conciencia de las tendencias, inclinaciones y pasiones (p.311)”, a lo que añadiremos la experimentación perceptiva y la experiencia de la propia cognición. En resumen, la sensibilidad cubre la experiencia tanto en lo representativo como en lo afectivo.

Circunscribiéndonos a la sensación y percepción como uno de los aspectos de la sensibilidad general, nos encontramos con la sensorialidad exteroceptiva (referida a los cinco sentidos) y con la somestesia, sea superficial (epicrítica, protopática y térmico-dolorosa), sea profunda (propioceptiva e interoceptiva o visceral).

Bordeando estas sensibilidades el pensamiento francés ha descrito la cenestesia como sentimiento global de existir fruto de una especie de suma del tono de reposo y de la sensibilidad común. La cenestesia según Dugas (11) “no es sensibilidad general, sino

una sensibilidad particular dominante (...) nos advierte sin continuidad ni remisión de la presencia y de la existencia de nuestro propio cuerpo (p.659)”.

La cenestesia –que recuerda el sentido interno en Kant (7)-, amén de introducir al cuerpo como totalidad en contrapartida al despedazamiento de las sensaciones diversas, señala el peso de la afectación en ese contexto unitario corporal y psicológico matriz de la consciencia en cada instante.

2.3 La percepción es un acto complejo con entronque en lo particular y lo universal, que además suma la aprehensión, la memoria y la anticipación del futuro.

Biswanger (12), desde la fenomenología, se acerca a la percepción situándola como acto más complejo y globalizante de lo que se suele afirmar. En el caso Suzanne Urban, la interpretación –delirante- de la hoz como instrumento de martirio se muestra así –según el autor (12, p.108)- ya en la etapa de la visión como instrumento”. ¿Cómo puede ser posible esa alteración desde el primer mostrarse como imagen sensorial?

El autor –siguiendo a Szilasi- va a sugerir un itinerario particular para la intención y la percepción. El planteamiento inicial sería simple, si la propia captación se ve alterada por el transcurrir biográfico, han de darse los medios para ello: otras potencias psíquicas habrán de poder interferir en la captación.

Biswanger (12) diferencia tres grandes momentos en la captación: 1) el instante que denomina “de la intuición” –“aprehensión intuitiva primaria” (p.34)- que sería una primera síntesis de las sensaciones; 2) la percepción “real”, que sería una “síntesis de las intuiciones” (p.45); 3) la síntesis de las percepciones en la experiencia.

Aún antes de la construcción de la cosa experimentada el momento de la aprehensión intuitiva no sería un mero calco. Siguiendo unas reglas precisas, siempre según Biswanger (12, pp. 34-35), Szilasi –en referencia a Aristóteles- describe “la síntesis de la Aisthesis, de la Mneme y de la Phantasia”. La más simple aprehensión conlleva un esquema “mnemético” (p.45) que suma a la pura sensación actual como impresión el pasado en forma de lo “preactual” (“mnemático”), y también de lo pasado pero esta vez como “esperado”, es la Phantasia (entendida no como imaginación fantasiosa sino como capacidad de creación de imágenes a partir de otras imágenes).

Tales actualizaciones del pasado serían “una colección de todos los momentos que conducen a la identificación” (p.37). Por otra parte estos aspectos no sólo permitirían “una elección de las impresiones a partir del `caos’”, sino que nos dotarían de la capacidad de “síntesis de una intuición referida al objeto” (pp.36-37).

Podríamos decir que por la memoria se introduce en lo actual de la sensación, no sólo lo pretérito de los recuerdos biográficos, sino el modo estructural de la integración de la unidad psíquica que es el individuo. Además, la mera impresión se ve marcada por lo ya acontecido en tanto anticipación constructiva. Todo ello nos situaría en lo que Biswanger (12, p.58) denomina “Phantasma” en tanto aspecto que pudiéramos orientar –sobre todo- hacia lo particular. Pero hay más: cuando veo un árbol y lo

identifico no capto únicamente un árbol concreto en una similar situación, “sino la imagen unitaria que contiene todos los cambios de aspecto...(p.58)”. Desde esta perspectiva, que, siguiendo a Szilasi, Biswanger (12, p.59) denomina “Eidos”, habría una imagen-clase que se comporta como una regla permitiendo ir más allá del “Phantasma” particular haciéndonos llegar al “Eidos” (que engloba todas las modificaciones posibles que caen en lo que pudiéramos llamar un mismo universal).

2.4 La percepción conlleva aspectos cognitivos en el reconocimiento y ve el entrecruzamiento de un doble sentir gracias a la afectación

Ojos cerrados y saboreo: sé que es una manzana, o más bien sé que sabe y tiene la tersura de la manzana (aunque podría ser producto de síntesis química). Sin embargo, sería capaz de saborear algo hoy, de gusto desconocido para mí, y gustarlo mañana, no sé de qué se trata pero sé que el mismo gusto me invade, lo reconozco. El reconocimiento, del gusto en el ejemplo, no requiere que sepa de qué producto se trata; el sabor puede ser una cualidad –a veces la principal- que identifica al objeto, pero puede también morir en sí mismo sin referencia a objeto alguno.

Conozco cuando gusto en el sentido en que ese gusto es sentir, reconozco cuando gusto en el sentido que ese gusto es cualidad del objeto conocido o de que el propio gusto se hace objeto en sí mismo.

Percibo el mundo, la cosa, y tal vez como quiere Austin (13) si me equivoco soy yo quien lo hace, y no la sensación. En cualquier caso, sé que es una experiencia perceptiva, una sensación, y no otra cosa. Se dibujan de esta forma, más allá del problema de los qualia, dos asuntos: 1) lo cognitivo dominante del reconocimiento, y 2) los dobles sentires. Comenzando por lo segundo diremos que **en el caso de las sensaciones y de la sensorialidad se dan dos afectaciones: podemos entender la experiencia perceptiva, en su sentir, como una primera afectación (la del estímulo), además tal experiencia perceptiva puede ser agente de una segunda afectación (emociones por ejemplo).**

Mediante la experiencia perceptiva somos conscientes del mundo que nos rodea, o más bien, la experiencia, mi experiencia, es esa consciencia. Y de ningún modo soy consciente de otra cosa (de los supuestos pasos intermedios) aún cuando existan (por ejemplo los perceptos como sensa-data).

La segunda afectación que señalábamos puede ser sentimental (Zuazo, 1), ello sucede precisamente cuando lo percibido es nombrado en lo que hemos descrito como lo cognitivo dominante del reconocimiento. El sabor (y la textura) se funden –inmediatamente- en la manzana, no hay dos tiempos en esa experiencia.

Siguiendo con el caso del sabor que paladeo y que me resulta familiar, describiremos algunos pasos necesarios:

- 1) El sabor me afecta (primera afectación),

- 2) Y lo reconozco, sea como relativo a algo conocido (manzana), sea como cualidad ya saboreada en el pasado no atribuible a un algo (sabor “x”),
- 3) Se genera una segunda afectación, por ejemplo porque me atemoriza (emoción fóbica) o porque el signo de “manzana” implica para mí ciertos sentimientos.

Retomando el punto segundo nos encontramos, desde una aproximación más cognitiva, en primer lugar con un reconocimiento del propio sentir (primera afectación). Haciendo de ese sentir quale Eco (6) escribe: “Si ellos (los enólogos) no supieran reconocer los qualia sobre la base de lo que denomino ‘tipo cognitivo’, no podrían incluso distinguir un burdeos de un borgoña...” El autor hace del “tipo cognitivo” una regla de construcción que permite el reconocimiento aún antes de fijar la atención: “no es el acto primario de la atención quien define el algo –escribe Eco (6, p.27)-, es el algo quien despierta la atención”.

Tal vez como quiere el último autor (p.25) generamos los signos “porque algo exige ser dicho” (o ser pensado en su plenitud), o tal vez sea tarea imposible tal diferenciación. En todo caso afectación, sentir, y lenguaje verbal están sólidamente enlazados desde fuera en la sucesión y desde dentro en el reconocimiento de la afectación y en el plano del contenido del signo y de la frase o proposición.

- 2.5 La percepción, como forma de captación del mundo, se construye en un triple movimiento: la sensación, la nominación y la afectación. Psiquismo como sonar.

Estoy en contacto con el mundo a través de la sensación, no hay otro modo. Nos mantendremos en la vieja línea de sostener que toda intelección pasa por la sensación, pero con una –importante- salvedad: hay intelecciones que en su inmediatez saltando del puro dominio conceptual muestran su profunda solidaridad en el acto “intelectivo-sentiente” (Zubiri, 14) sobre el que volveremos más adelante.

Añadiremos ahora que la afectación perceptiva (del hegemónico sentir), y la afectación perceptivo-intelectiva están integradas en el movimiento de captación del mundo (y de nosotros mismos). De esta manera, podemos denominar al movimiento general como perceptivo-intelectivo-afectante: percepción, conocimiento y valoración se hunden en un mismo núcleo unificado.

Percibir la cosa es una vivencia unitaria pero que cuenta con tres movimientos: percibo = sensación + nominación + afectación.

Habitualmente cuando (me) digo que “X es bueno” no realizo razonamiento previo, por eso tal vez se ha podido en tales casos colocar a la “intuición emocional” (Scheler, 15) en primer rango. La afirmación “yo capto X”, se queda corta, en realidad, “yo capto X, según ‘yo’ y relacionándose conmigo”. El “según yo” implica una llamada al mí como estructura psíquica y somática; el “relacionándose conmigo” exige las mutuas interacciones entre ese mí/yo y X. Que la afectación del sujeto por el objeto se acerque a cero, por ejemplo al contemplar la figura de un triángulo, pareciera hablarnos de cogniciones sin afectos, sin embargo no hay tales.

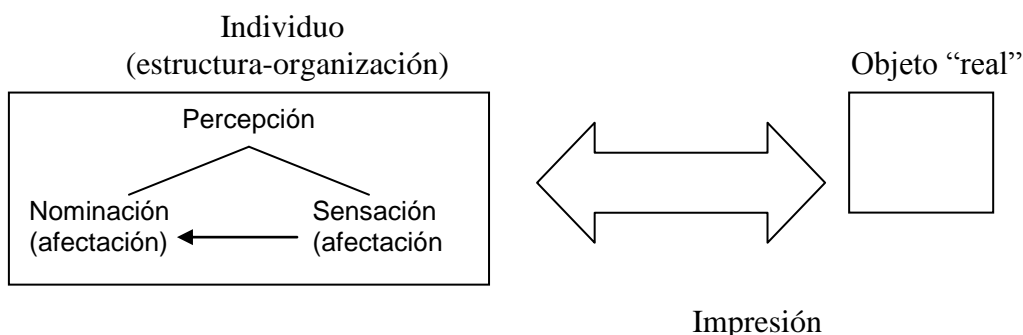
Disgregaremos el triple movimiento de la percepción en dos momentos solapados:

1. **La sensación y nominación en cuanto reconocimiento.** Veo el perro, no veo una sombra o un juego de luces, o una masa opaca, veo un perro. Y lo hago porque lo conozco, lo reconozco. Lo nombro con un significado objetual o referencial (Zuazo, 1).
2. **La sensación-nominación y la afectación.** La significación de “perro” va más allá del significado objetual al ser referida a mi como significado relacional por el que el significado objetual me afecta.

En ocasiones, raras, lo innombrable o inclasificable de la percepción puede también afectarme, directamente. Hay un sentir de la percepción capaz, él mismo, de generar afectaciones sin el paso por la palabra, al menos en lo inmediato.

Percibir, como conocer, es un movimiento asimilativo (Piaget, 16) que nos lanza hacia el objeto y el mundo. Mathieu, citado por Eco (6), escribe que “el entendimiento hace la experiencia proyectando la estructura según la cual las fuerzas motrices del objeto pueden actuar (p.134)”. Ya la propia sensación/percepción toma el camino activo: “Percibir –escribe Damasio (17)- es tanto una cuestión de acción sobre el medio como de recepción de las señales provenientes de este último”.

Metafóricamente diríamos que la vista, como un sonar, envía la mirada preñada de la querencia (y por tanto de la estructura psíquica) hacia el objeto “real”. La mirada, marcada en la impresión por ese objeto, vuelve como sensación al individuo que además se ve afectado por ella (una vez más, según su estructura psíquica). 1) Este camino recorrido sería el del “puro sentir”, el sentir de la sensación y el sentir de la afectación; 2) puede, además, el individuo saltar de la captación refleja descrita (sensación más afectación) a la captación nominativa: es el pasaje del veo algo al veo nominado que se aproxima al sentir intelectual en el sentido de Zubiri (18). En este segundo caso podríamos hablar de dos afectaciones, la afectación por la sensación y la afectación del significado relacional.



Yo no construyo un mapa del medio externo (o de “mi” como objeto de consideración), yo soy un generador de mapas a ser seleccionados o rechazados por ese medio. Yo no dibujo el mapa según el territorio, yo capto el territorio según el mapa previo. ¿Ideas

innatas?, pensamos más bien que de lo que aquí –y de innato- se trata es de una estructura psíquica interna (SPR) que cuenta con unas clases de objetos en interrelación, clases a ser llenadas por el mundo (real o fantasioso en su caso).

Pero el modelo se complica por una posibilidad –también innata- con que cuenta el sistema psíquico relacional (SPR): lo que capto marcará las futuras captaciones por las modificaciones del propio dispositivo (interno) de captación. Algo así como si nuestro sonar, viviente, tuviese un margen de modificación, o de alteración, por la recogida de los sonidos que vuelven modificados.

Todo acontecer psíquico, sensorial, sensitivo o motor comporta dos tiempos: 1) el del propio acontecer (ver tal o cual objeto por ejemplo), y 2) el de la afectación consecutiva. Este segundo momento afectante tiene que ver con la estructura individual desplegada en un “conatus”, en la actualización de potencialidades. La afectación es un además. La estructura/sistema corporal se abre también en un abanico de potencialidades y de posibilidades de captación; el psiquismo hace otro tanto desde una aproximación estrictamente cognitiva o instrumental. Pero la afectación completa el movimiento inicial según –en cierto modo- sus metas y proyectos de vida.

Sin embargo nos quedaríamos cortos –o simplificaríamos en exceso- si contemplásemos los dos movimientos como procesos lineales que se suceden. Ambos se encuentran enlazados en un subsistema superior que los engloba. Tal es el caso en cada campo, incluso en el del lenguaje verbal: el significado referencial u objetual integrado al significado relacional (modo como me afecta el primero) forma la totalidad del plano del contenido. La afectación no se añade al lenguaje verbal, sino que se encuentra dentro de él. La afectación (significado relacional) influye y fluye en asociaciones que incumben a los diversos planos del lenguaje. De igual manera la afectación, en la sensorialidad como gran sistema, influye y fluye en los procesos de captación primitiva.

3. INCLINACIÓN, QUERENCIA Y VOLUNTAD

3.1 La voluntad como libre albedrío o como consecuencia de disposiciones conocidas o desconocidas. Peso de la deliberación

Dado que de voluntad se trata, comenzamos recordando a Schopenhauer (19): “La conciencia de cada cual de nosotros afirma claramente que puede hacer lo que quiera. Y puesto que acciones completamente opuestas pueden ser pensadas, como si hubiera querido efectuarlas, resulta que lo mismo puede hacer un acto como el opuesto, si quiere” (p.45). Ciertamente las acciones son efecto de las querencia y voliciones, de ello no hay duda; de dos cosas opuestas puedo hacer una o la otra, si así lo quiero, me resulta evidente, sin embargo: ¿soy capaz de querer indiferentemente una u otra?.

De este modo Schopenhauer (19) nos introduce en un fundamental problema: la conciencia apunta hacia el libre albedrío por los efectos, es decir, yendo de la voluntad hacia la acción, mientras que el gran problema está en su parte exterior, en lo que precede a la voluntad.

La libertad como ilusión del libre albedrío tendría que ver con la capacidad del hombre para anticipar las situaciones imaginando alternativas: “puedo hacer esto o lo otro, o aquello...”. Si tal poder representativo anticipatorio fuese tenido por el agua, nos sugiere Schopenhauer (p.86), se diría a sí misma que “puedo levantarme ruidosamente en altas olas (...) caer entre borbotones y espumas (...) o evaporarme y desaparecer (...) pues nada de eso haré, sino que por mi gusto permaneceré tranquila y límpida en un lago”.

¿Es así?. ¿Son los motivos y querencias quienes toman las decisiones y “mi” intuición de poder optar por esto o aquello raya con la ilusión errada en el tiro? Y, sobre todo, ¿siempre es así?, ¿y por qué o para qué tal persistencia en ese error y en esa ilusión?.

Para Descartes (8), la voluntad es extraña al deseo y se presenta en todo su esplendor como “acción del alma” (p.84), acción que decide sobre deseos y pasiones. En cierto modo, nos colocamos en este trabajo en una posición cartesiana cuando distinguimos la querencia-inclinación, la querencia-volición (deseo) y la voluntad-intención que abre y cierra la acción.

Spinoza (9) negaba con fuerza el libre albedrío al hacer de la voluntad la expresión del mero “perseverar en el ser” que “cuando se relaciona solo con el alma, se llama voluntad” (p.77). Para el autor “no hay en el alma ninguna facultad absoluta de querer o no querer (p.65); voluntad y entendimiento serían “una sola y misma cosa”. De este modo la voluntad no sería sino la afirmación o negación, no de una potencia sobreañadida sino del propio juego de las ideas. Sin embargo, pensamos, el peso de la voluntad tal como la entendemos aquí no está en el simple “sí y no”, sino en el hacer, en la acción, y pensar no es hacer.

Tampoco asimilamos simplemente la voluntad al deseo, la voluntad no es una mera resultante del juego ciego de las querencias.

Ya Aristóteles (20) distinguía el deseo de la deliberación. “El hombre no es principio generador de sus acciones como lo es de sus hijos”, escribía (p.83). Aunque parece oscilar entre la existencia y la no existencia del libre arbitrio, Aristóteles distingue la voluntariedad de las acciones y el peso voluntario –relativamente negado- en el modo de ser (p.86). En cualquier caso el deseo aristotélico (“boulesis”) dirige el alma hacia un fin, mientras que la deliberación (“bouleusis”) se constituye según los procesos de razonamiento para la consecución de tal fin. “La noción intencional oscila –escriben Vernant y Vidal-Naquet (21)- entre la tendencia espontánea del deseo y el cálculo premeditado de la inteligencia (p.58)”. El hombre –trágico- griego es empujado (fin) por el carácter (“ethos”) y también por los dioses (como el actual parece serlo por la biología, el genoma o las ideologías).

Ese empuje de la querencia que marca el fin, que concede valor (Scheler, 15), no es lejano a la propia teoría freudiana (Freud, 22) por la que las pulsiones no solo poseen un carácter energético sino direccional hacia ciertas metas. La psicología cognitiva parece dejar esa función de dirección a los procesos no motivacionales ligados más o menos

indirectamente a los procesos de aprendizaje. Sin embargo, dada la anticipación de las metas relativas a los incentivos, los problemas se complican, y a menudo hemos de volver a los viejos temas de resonancias asistotéticas: fin y medio, deseo y deliberación.

3.2 Las querencias enlazan con las disposiciones y la estructura. Querencias e intenciones son movimientos diferentes.

¿Qué nos queda de todo esto?. Apoyarnos en la deliberación, en la reflexión, parece situar al humano como un juez que tomando en consideración las querencias, que se suman y oponen, decide según los pesos diversos de los fines propuestos por las querencias; para después, con la decisión, poner en marcha la acción. Haya juez o no lo haya, sean movimientos que en sí mismos, según fuerzas y significaciones, hagan tomar uno de los caminos, las querencias son motivos para la acción por intermedio del propio sujeto (del “carácter” diría Schopenhauer, 19):

- 1) Las querencias tienen un origen, de otro modo estaríamos inmersos en el abosoluto azar. Y tal origen es el individuo en tanto estructura psicológica inscrita en la corporalidad, y ambas colocadas en situación (medio ambiente).**
- 2) Las querencias se insertan en la causalidad de la estructura “acoplada” (Maturana y Varela, 23) al mundo a través de los motivos y los objetos (en un futuro que se anticipa aquí y ahora).**
- 3) El individuo no es sino el conjunto de inclinaciones y querencias (querencias-inclinaciones y querencias-voliciones).**

Pareciera que las alternativas son dos: 1) si no hay juez no hay voluntad-intención y tal voluntad no sería sino un espejismo, 2) si hay juez, hay voluntad-intención como compuerta que abre o cierra.

Nos orientamos en este trabajo hacia una posición más difusa: escribíamos más arriba que las querencias se engarzan en la motivación, pero queremos precisar que tal motivación está llena de retroacciones, no es lineal; además se añade –como decíamos– otro elemento que va más allá del peso del motivo de mayor rango, hablamos de la voluntad-intención que corresponde también a una querencia (y por tanto a un motivo) diferente.

Defensas y racionalizaciones, justificaciones a todo trance e insistencia en no tolerar cuerpos extraños en el psiquismo, presionan con vigor dada la importancia de lo no consciente y, en cierto modo, del automatismo de las leyes cognitivas y de las del lenguaje verbal. Pero ello no implica la homogeneidad entre las querencias y la voluntad o, si se quiere, no exige anular la diferencia de dos grupos diferenciados de querencias según el camino de las propias querencias y el de la voluntad-intención (que puede ser entendida como una muy particular querencia-volición).

Mientras que las querencias se dirigen hacia el objeto, la voluntad-intención toma como objeto las propias querencias. Querencias y voluntad

surgen del entramado estructural y organizativo que es el individuo, no podría ser de otro modo, pero las primeras lo presentan como paciente que está siendo sin hacer y del cual surgen como rayos de luz las querencias. La voluntad, las intenciones, expresan el vértice del individuo como agente que hace. La responsabilidad se sella en ese hacer, así sea una responsabilidad -¿injusta?- por ser de tal guisa que no puede sino hacer eso... lo que lleva acabo. Pero tal problema, asunto que nos sobrepasa, no es tema de nuestro trabajo.

Distinguiremos en las líneas que siguen las inclinaciones, las querencias y las intenciones:

- 1) **Las inclinaciones cubren un campo que se extiende más allá de las querencias-inclinaciones. Comprendidas las primeras como propensiones consecuencia del funcionamiento estructural y organizativo corporal y psíquico, se presentan como potencialidades o “casillas vacías” a ser llenadas en la relación con el mundo.** Tales potencialidades, que exigen para actualizarse la relación, funcionan por ello como pautas de detección del objeto tiñendo la relación.
- 2) Seamos inicialmente una hoja con algo escrito en ella o seamos la hoja en blanco rousseuniana, somos una hoja. Y esa hoja nos proporciona una campo de posibilidades y a la vez elimina otras.
- 3) Si el psiquismo humano se comporta como un sonar que recaptura, modificado por el mundo lo emitido, ha de contar con unas posibilidades previas a la relación que sean capaces de hacernos sintonizar con ese mundo. De otro modo, el mundo y sus objetos serían transparentes.
- 4) Si las inclinaciones, como potencialidades, tienen que ver con la identidad del individuo humano, los objetos más significativos han de estar predibujados (como posibilidad) en el psiquismo.
- 5) La identidad, en esta aproximación, definida por la relación con los objetos significativos, ha de distribuirse según el género de pertenencia y la complementariedad con el otro género. Los propios objetos han de distribuirse de igual manera.
- 6) Sería vivir en un mundo de fantasías (y en el fracaso evolutivo, vital por tanto) que la actualización se limitase a una especie de encuentro con lo previsto. La asimilación (en el sentido de Piaget, 16) ha de complementarse con la acomodación.
- 7) El psiquismo, en sus potencialidades e inclinaciones, ha de contar con una estructura y organización que recubra para cada objeto (clase objetal): 1) una parcela genérica (tal tipo de objeto), 2) una parcela íntima difícilmente modificable - el “objeto interno”, 3) una parcela variable según la sintonización con el mundo – el “objeto externo”.
- 8) Si situamos la identidad como un “estar siendo” o “ser siendo” por el que todo instante suma un pasado (como inclinación) y un futuro (anticipado en planes y metas), los propios objetos y el mundo han de estar marcados tanto “interna” como “externamente” por la temporalidad (generaciones anteriores, similares y posteriores).

En conclusión: **las querencias-inclinaciones no son sino formas o aspectos reducidos de las inclinaciones, de ahí el carácter complejo que sobrepasa para las primeras el ámbito puramente volitivo.**

- 9) Lo señalado para la inclinación puede también ser referido en gran medida para la afectación. Esta última no es sino la respuesta a la actualización de la inclinación. Traducida en querencia-inclinación existe una primera afectación por el hecho de presentarse (afectación directa por el mero desear el objeto), una segunda afectación viene generada por el transcurrir del acontecimiento (objeto logrado, no logrado, repercusiones sobre ese objeto u otros objetos).**
- 10) Toda afectación, desde este punto de vista, ha de tener que ver con la inclinación, por lo tanto con la identidad, y con la presentación del mundo (a su vez sólo detectable cualitativa y cuantitativamente por las características identitarias).
- 11) La inclinación general corresponde a lo estructural, al sistema psicológico relacional (SPR) inmerso en la corporalidad y expresándose en el conjunto de creencias.**
- 12) La querencia-inclinación es el "gusto por `X`" o el "me gusta `X`", el "amo a `X`"; la relación con un objeto intencional puede ser normalmente expresada en forma de proposición. La inclinación general se comporta como propiedad de primer rango con respecto a la querencia-inclinación.**
- 13) La querencia-volición es el "quiero" ejecutivo. "Me gusta el visitar a Juan" como querencia-volición, "quiero visitarlo" como esbozo inicial de la acción. La querencia-volición es el deseo propiamente dicho, deseo en movimiento; la querencia-inclinación es el deseo vagamente formulado, a veces imposible o ideal, un anhelo.**
- 14) La voluntad es la intención, la ejecución que sigue a la deliberación-decisión (cuando ella se produce). La querencia-volición puede pararse ante el "no" de la voluntad ejecutiva. Cuando hacemos de la voluntad-intención una organización reflexiva, la hacemos consecuencia de una deliberación.** Así sea como ilusión, las querencias simulan llevarnos y atraernos en un comportamiento pasivo de ese nosotros, la voluntad parece ejercerse como poder a nuestro alcance en buen número de oportunidades.

3.3 Conviene distinguir y ordenar temporalmente, la querencia-inclinación, la querencia-volición, la voluntad-intención así como la deliberación.

Siguiendo con las diferentes apreciaciones, habremos también de distinguir con respecto al desarrollo de una acción:

- 1) El que tenga razones para una determinada acción.**
- 2) El que desee llevar a cabo esa acción.**
- 3) El que lleve a cabo esa acción.**

Únicamente en el tercer caso la razón y la querencia se hacen motivos. La intención nos lleva más allá del simple deseo: “las intenciones –escribe Bratman (24, p.16)- son pro-actitudes que controlan nuestra conducta, lo cual no son los deseos ordinarios. Los deseos ordinarios tienen simplemente una influencia potencial sobre la acción”.

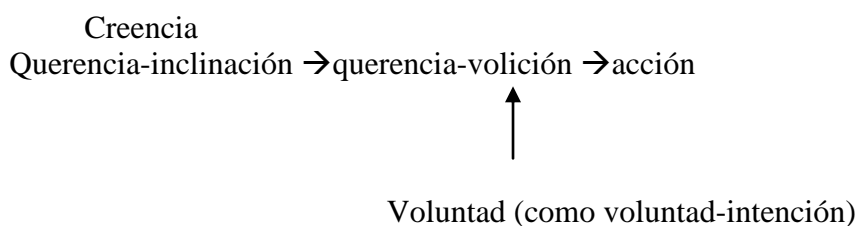
Sin embargo como se observa en los comportamientos impulsivos y automáticos tal intención no implica su consciencia. Searle (25) distingue la “intención en acción” como causa próxima de la cadena que lleva al comportamiento observable, de la “intención previa”. Esta última no es causa de la acción sino de la intención en acción. Un suceso no es nada más que acto fortuito o extraño al conglomerado de creencias y deseos de un individuo sino está precedido por una intención a la acción. Una intención a la acción toma carácter reflejo o cuasi reflejo sino está causalmente precedida de una intención previa. Según el autor, en la cadena de aconteceres, las creencias y deseos –de carácter en buena medida también disposicional- anteceden a la intención previa de índole predominantemente conceptual; la intención en acción de carácter pragmático pone en relación dinámica cuerpo y fin de la acción, iniciándola y guiándola.

La cadena completa nos llevaría así desde las creencias y querencias-inclinaciones, a través de las querencias-voliciones, a la voluntad como “intención previa” y a la “intención en acción” ejecutora:

Creencia
Querencia-inclinación → querencia-volición → intención-previa
→ intención en acción → acción

Intención previa e intención en acción corresponden, tal como las hemos situado, a la voluntad (voluntad-intención).

Sin embargo, y es por aquí por donde entra la deliberación y también la reflexión, la cadena no es lineal. La voluntad intencional es efecto de una negociación-deliberación cuyas causas no son las de la querencia volición:



La voluntad en el sentido que le damos, abre o cierra, dice si o no, y lo hace tras la deliberación que pesa y sopesa. Las consecuencias de la querencia-volición en cuestión y su relación con otras querencias-voliciones complementarias se oponen:



La voluntad-intención se hace así equivalente a la intención en acción de Searle (25), que si es precedida de la intención previa será deliberativa o reflexiva y en caso contrario será refleja o acción automática.

La voluntad-intención, la intención como tal, no reenvía a ninguna otra intención o voluntad. La decisión-acción sigue a la querencia que la origina. Contrariamente, las querencias se suceden en querencias fines y medios. El origen de una querencia es a menudo otra querencia, el origen de lo voluntario es también una querencia pero con un algo más que es el poder de quien ejerce la decisión, el propio individuo (lo cual no necesariamente significa “libre albedrío”).

3.4 La motivación se engarza en los motivos según actos supraordenados y según medios y fines

El motivo se interpenetra con la querencia. El motivo de por qué “quiero (querencia-volición) estar con Juan”, es que “quiero (querencia-inclinación) a Juan”. El motivo A es origen de la querencia X o de la acción Y: para que ese motivo sea origen de la acción Y, es precisa 1) la querencia-volición X, o 2) una voluntad (intención) que procede de otra querencia-intención cuya consecuencia requiere o es ayudada por la acción Y. Es decir: “el motivo que funciona como causa comporta un deseo” (Lyons, 26, p.217). Podemos aceptar algo, y llevarlo a cabo, sin que deseemos hacerlo. El motivo puede ser, además, consciente o no consciente. Si no es consciente, la intención en acción (voluntad en acción en nuestros términos) no es precedida de la voluntad (o intención) previa.

Tal como usamos aquí los términos, la motivación se baña en el motivo y en la explicación. La motivación no (me) sucede, no es un acontecimiento sino una inferencia (a menudo realizada por otro). En este sentido abandonamos la orientación del “no me motiva”, del “me siento motivado a”, a favor de la querencia: “no quiero salir con Juan... luego, Juan y su compañía no son motivo para que yo salga”. A través de la querencia se dibuja la motivación: “me gusta, quiero, estar con Juan... luego la compañía de Juan es una motivación para mí”.

Solo precisando estas consideraciones podemos hacer en el plano general equivalentes la inclinación y la motivación, y en una vertiente más concreta hacer solaparse las querencias –como pasos intermedios- con motivaciones de menor rango.

Chein (27) desarrolló un análisis jerárquico de la emoción en forma de actos supraordenados por los que una acción puede considerarse el motivo de otra más baja en la jerarquía si la segunda es necesaria para la realización de la primera. Así los motivos se suceden: toda acción motivada puede a su vez ser motivo. Tal supraordenación comprende también a las querencias.

“Estoy en casa y quiero estar con Juan: quiero salir, quiero viajar a la ciudad donde reside Juan, quiero acudir a su casa”... todas las querencias se “supraordenan” a partir de la querencia originaria (“estar con Juan”).

Esta superposición de querencias-acontecimientos exigen también un plan: vestirme, abrir la puerta, bajar en ascensor, acudir a la estación, comprar un billete de tren... actuaciones todas en que sus previos son motivos, actuaciones que se explican por esos motivos (supraordenación de las “motivaciones”).

Sin embargo: “quiero acudir a la casa de Juan, quiero bajar en ascensor, quiero comprar un billete” son un quiero, una querencia-acontecimiento y a la vez son, o al menos puede serlo, motivaciones engarzadas sucesivamente en el plan/meta.

“Querer estar con Juan” requiere, en su sentido preciso, “estar físicamente con Juan” y dada su inmovilidad soy yo quien debe trasladarse de lugar, “lograr estar con Juan” exige por mi parte un plan de acercamiento.

El fin general (como en la boulesis aristotélica) está marcado por la querencia de Juan, de su compañía (evidentemente con las limitaciones de otras querencias: por ejemplo no a cualquier precio). Pero en el instante en que quiero salir por la puerta de mi casa, “quiero salir por la puerta de mi casa...” aún cuando esa querencia sea medio. De hecho ¿qué querencia no es medio de alguna otra?, ¿qué querencia no es antecedente de otra que le sigue?. En el fondo tal vez todo corte sea arbitrario y generador de variaciones “narrativas”. Volveremos sobre ello.

4. LAS AFECCIONES: EMOCION Y SENTIMIENTO

- 4.1 Las emociones y los sentimientos humanos presuponen una evaluación y se definen por el carácter de la afectación. Siempre hay un objeto.

El campo de las afecciones (emoción y sentimiento) es generado por el objeto que me afecta porque lo percibo y lo evalúo (o en un mismo movimiento lo percibo evaluativamente). Pero además, para que estemos ante una emoción, el objeto ha de afectarme de determinados modos: 1) ha de darse una alteración que podemos calificar de “psicológica” (Lyons, 26) en mi cuerpo, 2) debe de sentirse inmediatamente (lo cual no significa en plenitud de consciencia, a pesar de poder ser percibida esa emoción en mi por el otro).

Aunque la evaluación parece ser acción indispensable en el momento emocional, distinguiremos en ella: 1) la evaluación-reconocimiento, como estabilización disposicional de antiguas evaluaciones (caso de las emociones “reflejas”) y 2) la evaluación propiamente dicha. En esta última la afectación será doble, por la propia evaluación del objeto (lo emocionante) y por los cambios psicológicos propios al estado emocional.

La evaluación, siguiendo a Lyons (26), clasifica al objeto o a la situación particular estimulante como objeto formal (peligroso, atractivo, etc). La afectación es un efecto que cerrando el circuito dibuja con nitidez a la emoción.

Según nuestra utilización de los términos (Zuazo, 1), el sentimiento carece en general (salvo cuando es estímulo para una emoción) de la doble afectación señalada. El sentimiento equivale al modo en que nos afectan signos y proposiciones, a la forma en que el significado objetual o referencial se enlaza con el significado relacional (afectación).

Hablamos aquí de las emociones en el ser humano, pero ¿qué diferencia habría entre una emoción animal y una humana?: pues justamente la que se da entre el hombre y el animal no racional, la razón, es decir: la conciencia, el “soy consciente de mi como afectado por la emoción”. No obstante toda relación implica alguna afectación (sensorial, verbal...), entonces ¿cuál es la especificidad de la emoción?: que tal modificación es (también) corporal, se siente como cambio en el cuerpo. Una sensación pura, aunque supone variaciones corporales, se siente como relativa y exclusiva al objeto percibido; en la medida en la que la percepción –además- me afecta, se desdobra en lo correspondiente al objeto y en lo relativo al propio cuerpo (más allá del “canal” sensorial).

Partimos de una orientación que inscribe la afectación –especialmente una de las variedades de ella como es la emoción- en un circuito que conlleva cuatro movimientos: 1) lo que el otro hace –en la amplitud del “hacer haciendo” o “hacer siendo”; 2) lo que tales haceres del objeto generan o significan para mi; 3) la afectación; 4) mi hacer o comportamiento posterior. El “siento” y “me da” miedo el objeto señalan que algo ha “hecho” (en el sentido señalado) ese objeto. “Siento” y “me da” (me) muestran a mi a través del “siento” e indican el hacer (me) del objeto a través del “me da”.

No obstante todo parece decir que puedo sentir miedo de mi, o rabia hacia mi, o alegría por lo que (yo) he hecho. Pensamos que la rabia dirigida hacia tal o cual rasgo, actitud o acción mía, no es una relación de mi conmigo, sino que tal emoción tiene que ver –también y tanto- con un objeto. Que sea recuerdo de lo acontecido o anticipación no tiene importancia para el tema que tratamos. La afectación siempre tiene que ver con un objeto con el que me relaciono, bien es cierto que podrá ser directa (cuando, por ejemplo, me da miedo tal perro) y también indirecta (cuando un algo que me atribuyo posee, en nuestro ejemplo, efectos de despertar al perro agresivo).

El “estado de ánimo”, el “tono”, son sentires globales que parecen ignorar al objeto, y así son a menudo descritos (Scheler, 15), se presentan más como grandes descripciones de “sentimientos” (sentires afectaciones) sobre el cómo van las cosas en general (Dahl, 28). Precisamente el “cómo van las cosas” tiene que ver tanto con el objeto, con el otro, como conmigo (tomando ese “conmigo” en sentido restrictivo).

Un corazón que late deprisa, un calor que sube del pecho, no son sentires a la búsqueda de un argumento, o actores queriendo encontrar un autor, son tanto argumentos como sentires, son actores en plena escenificación de un drama. Que no sepa el argumento de

mis sentires simplemente significa eso, que no soy consciente, no el que no lo haya. De esto último podemos obtener una inferencia: la afectación participa en un circuito complejo y de relación que transcurre en un espacio tan solo solapado con su grado de consciencia y, por tanto, de voluntariedad. Por otra parte, en estos menesteres, el empuje de las querencias toma un importante papel.

A veces olvidamos que cuando digo “mi” / “me” incluyo, (me) incluyo, como inclinación, como “propensión a”. Decían los estoicos que cuando un volumen cae por un plano inclinado, no lo hace igual si es un cilindro o un cono. Eso es la querencia-inclinación, el volumen que desciende a su modo y manera. Las querencia-inclinaciones modelan las querencias-voliciones para la captación del mundo (y de mi mismo). Tales menesteres están tal vez en el origen de algunas confusiones:

- 1) Si por un lado tenemos a las emociones clásicas, como el miedo o la tristeza, en las que los humanos consensuamos la afectación tornada a un objeto que en su hacer nos mueve,
- 2) Por el otro nos encontramos con sentires y cogniciones que en nuestra vivencia son similares sino idénticos (como clase o tipo) y que sin embargo –en el plano teórico- son diferentes: hablamos del amor o el odio que más que afecciones parecerían formar parte del grupo de las querencias.

El miedo surge del encuentro, (mi) encuentro, con un objeto que en su hacer es identificado como peligroso. Presuponemos una querencia que en grandes líneas, pretende mi conservación. ¿Y el amor?, no luce como fruto del encuentro, sino más bien como su origen. Tal vez sea mirando a su pareja opuesta, el odio, donde se precisen más las cosas. Mientras que podríamos imaginar que me paseo por el mundo solicitando un objeto para amar, parece menos probable que –siempre- hagamos otro tanto para “encontrar” el objeto odiado.

Sino hubiese agua, nunca habrían nacido seres con capacidad de tener sed. Si el miedo nace de querencias originales (siendo a su vez paso intermedio de querencias derivadas), el amor –en su sentido habitual de “quiero a”- nace también de querencias originales. En resumen: estamos insistiendo en que el amor o el odio son afectaciones (afecciones en los términos tal como los empleamos aquí). El amor abraza un objeto que “hace haciendo” y que también “hace siendo” de tal o cual modo, por su mera presentación.

- 4.2 Las afecciones presentan un relativamente bien conocido sustrato neurobiológico. Más dudoso resulta precisar las especificidades.

Desde la orientación neurobiológica las evaluaciones y afectaciones en la emoción parecen confirmar lo propuesto. Si como señala LeDoux (29, p.328) el sistema nervioso autónomo que controla las vísceras puede responder selectivamente (mediante hormonas esteroideas y péptidos además de la adrenalina), deben de ser previamente captados los estímulos significativos. Así se producirían dos momentos evaluativos: 1) en la captación inicial del estímulo, 2) en la captación de las consecuencias de las reacciones diferenciadas.

“Es posible –escribe LeDoux (29, p.319)- que la activación de los diferentes mecanismos emocionales en el cerebro tenga como consecuencias diversos patrones de secreción hormonal” que serían responsables de las diferencias “sentidas” en las emociones.

Tales especificidades exclusivamente neurofisiológicas no hacen sin embargo la unanimidad ya que no parecen existir activaciones fisiológicas que correspondan de manera cierta a las emociones específicas. De hecho, contrariamente, Rimé y colls. (30) han mostrado más bien que para diferenciar las sensaciones fisiológicas las personas inducidas emocionalmente recurren a saberes prototípicos ligados a esquemas sociales.

Un buen número de aproximaciones al tema subrayan el carácter multimodal de las afecciones. Por ejemplo, según Scherer (31) la emoción consistiría en un proceso de sincronización de subsistemas (cognición, regulación fisiológica, motivación, expresión motora y sentimental) que responden conjuntamente en la evaluación del estímulo. Subsistemas que más allá de esos períodos de sincronización funcionan autónomamente.

Scherer y Sangsue (32) insisten en que la acusación de cognitivismo excesivo dirigida a las teorías del “appraisal” (evaluación) aúnan erróneamente el tratamiento evaluativo de la información con el tratamiento cortical. Sugieren los autores que la elaboración sincronizada presupone varios niveles en los que cada uno puede ser suficiente según las necesidades de cada instante (proyecciones talámico-amigdalinas y córtico-hipocámpicas).

4.3 Hay una importante influencia de las emociones, y de las afecciones en general, sobre la autoconciencia y la conciencia.

Si algo centra a la emoción, según el punto de vista de Damasio (3), es la idea de modificación y creación de un informe sobre el propio individuo, de su estado corporal, en la relación con el objeto estimulante. Tal informe y modificación tendrán que ver íntimamente con la emoción pero también con la conciencia. Ambas hundirán sus raíces en la afectación (por el objeto).

Damasio (3, p.221) distingue unos mapas de “primer orden” en tanto estados “del medio interno, las vísceras, el sistema vestibular y el marco músculo-esquelético” que integrarán un “Proto-Si” de carácter no consciente y originario. Después, los mapas sensori-motores del objeto en relación con el “Proto-Si” darán lugar a una cartografía de segundo orden: el “Si –central” como “sentimiento de si”, es decir, de “Proto-Si” en tanto es afectado en un movimiento que puede ser consciente.

Tanto el “Proto-si” como el “Si-central”, para Damasio (3), son “sentimientos”. El autor nos dice que “la expresión (la emoción) precede al sentir... (p.361)”. Tal idea nos mantiene en la línea en la que nos situamos en el presente trabajo: percibimos/sentimos la emoción (reflejo o reacción) a posteriori, la “conocemos” como así sucede en la percepción. De hecho es lo que explícitamente dice Damasio (3, p.356): “El proceso que describo no es diferente al modo en que un objeto externo es tratado...”.

Una particular situación corresponde a las denominadas “emociones primarias”. Siempre según Damasio (3, p. 185), a través del córtex sensorial serían detectadas ciertas “presencias conjuntas” en el sistema límbico cuyas neuronas serían “la sede de una representación potencial que dirige la instauración” de los estados del cuerpo característicos para cada emoción. En las “emociones secundarias” se coordinan la emoción y el fenómeno que la ha desencadenado con la consecuente posible “toma de conciencia de que existe una relación entre un fenómeno dado y un estado del cuerpo marcado para cada emoción...” Según el autor, para este segundo tipo de emociones, se crearían en el córtex frontal “representaciones potenciales adquiridas” capaces de sostener el recuerdo que asocia las situaciones y las emociones, y que a su vez son señales para la amígdala y para el córtex cingular anterior.

Cabe tras estas consideraciones preguntarse: ¿emociones primarias, o estímulos primarios?, o bien ¿emociones primarias exigiendo estímulos primarios?. Y por otra parte: ¿la aparición de las emociones secundarias no transforma para el futuro, en su intimidad, la noción de emoción primaria?.

4.4 Las afecciones, modos particulares de afectaciones, responden a estímulos del mundo posible actual co-construido según la estructura psicológica relacional inmersa en la corporalidad

Las querencias-inclinaciones son propensiones nacidas en el sistema psíquico relacional y corporal. Las querencias-inclinaciones (disposicionales) y las querencias-voliciones o deseos actualizan esa estructura y organizan al individuo. Las afecciones (emociones y sentimientos) muestran cómo me afecta el mundo, en una afectación sentida en mí pero dirigiéndose a “lo otro”, o en una afectación siempre sentida en mí pero, además, focalizándose también preferentemente en mí.

Los estados emocionales se enlazan con el individuo que los experimenta (de forma activa como evaluador y de forma pasiva como afectado) y con el objeto tomado como estímulo evaluado. La primera parcela tendrá que ver con creencias, conocimientos y con la organización del mundo y del mí mismo posible actual (Zuazo, 33), en resumen: con el (Ego) tal como lo hemos situado englobando los aspectos de sujeto interno (S) y de sujeto externo (Zuazo, 34). El objeto también en su totalidad como (Alter) reúne al objeto interno (O) y al externo (objeto). Ambas vertientes del (Ego) y del (Alter) no pueden estar sino íntimamente enlazadas al ser elementos conjuntos del sistema psicológico relacional (SPR). Volveremos sobre estos aspectos en la tercera parte del trabajo.

Citada esta integración, y siguiendo a Dahl (28), podemos a la vez situar los estados emocionales, hegemónicamente, en una u otra vertiente: 1) emociones como la rabia, el miedo, el interés o la ternura amorosa nos hablan predominantemente del lado objetual, 2) emociones como la tristeza, la alegría, o en parte la ansiedad nos indican cómo van las cosas según nuestras anticipaciones y querencias.

Si entendemos la evaluación del estímulo emocional como la comparación de tal estímulo con un modelo o escala de valores, ésta última será secreción del sistema psíquico relacional y de sus basamentos con, seguramente, zonas de carácter innato ligadas a nuestro *philum*.

La emoción nos habla pues de apetitos y deseos previos y estos de la estructura y organización del individuo. En la cadena explicativa, alteraciones en la estructura psicológica interna generarán modos emocionales (o ausencias emocionales al menos aparentes) teñidos diosincrásicamente. En una dimensión similar, Fonagy (35) sitúa lo que denomina los “mecanismos interpretativo internos” que permiten la “comprensión de las características psicológicas del otro (inferencia y atribución de estados de espíritu motivacionales ligados a una causa común como los deseos, las emociones, y los estados de espíritu epistémicos como las intenciones y creencias) y la diferenciación de éstas con las suyas propias (p.354)”. El sujeto (Ego) puede comprenderse y sentirse como el otro (Alter), identificarse o “empatizar”, en tanto es capaz de evaluar la presencia y la comunicación de ese otro. El sujeto (Ego) se construye –en el interior del sistema psicológico relacional- precisamente en la interacción y en tanto se construye el otro como objeto (Alter). De otro modo no hay modelo o escala de valores a la que compararse, no hay afectación o ella está alterada.

4.5 Emociones y sentimientos se inscriben en una experiencia del mundo conflictiva.

Voy acompañado por la calle y doblando la esquina aparece un perro: su presencia me da miedo, siento miedo y quiero huir, en un mismo movimiento; sin embargo me digo, dando con un pie un esbozado paso atrás, “no puedo huir, es desproporcionado, mi miedo es exagerado sino un sin sentido, si huyo qué va a pensar mi acompañante”... sigo avanzando. La misma situación: también siento miedo y quiero huir, a la vez me avergüenzo ante tal sentir temeroso, siento vergüenza... sigo avanzando.

En ambos casos, 1) la decisión-acción (voluntad) es la de continuar la marcha, 2) experimento la emoción de miedo que incluye la querencia de huir, 3) sucede algo que me pone en la línea de no hacerlo y signo la marcha. Sin embargo hay en ese algo que acontece una importante diferencia: en el primer caso es la deliberación –así sea veloz- quien me invita al comportamiento; en el segundo caso me aparece una segunda emoción que –podemos así decirlo- vence a la primera, casi sin reflexión previa.

Distinguiremos según los aspectos extremos señalados en este ejemplo: 1) la deliberación reflexiva –deliberación propiamente dicha- que parece sopesar las consecuencias de dos o más querencias (pudiendo ser alguna de ellas, y solo una, de índole emocional), y 2) la deliberación resultante –o simplemente la resultante- que parece en lo inmediato responder al peso relativo de dos o más querencias todas de índole emocional. Discutiremos sobre el tema en la segunda parte del trabajo.

Deliberación y resultante se comportan como extremos polares de una dimensión que las define dentro de un determinado contenido o tema (en nuestro ejemplo en torno a la aparición del perro). Estamos pues en el dominio propio del conflicto entre varias querencias, (seguimos a Emmons –citado por Pervin, 36, p.314- cuando diferencia el

conflicto así entendido, de la ambivalencia como dificultad surgida en el interior de una misma querencia). En resumen: superficialmente, la deliberación reflexiva sería el conflicto entre una emoción y las consecuencias de tal emoción para otras querencias, la deliberación resultante el fruto vectorial del conflicto entre las emociones.

En la mayor parte de las emociones, la captación-valoración del estímulo y las reacciones corporales y sentires consecutivos se acompañan de comportamientos (este tercer momento es menos evidente en emociones como la sorpresa y el asombro). Tales procesos suponen la puesta en marcha de procedimientos cognitivos (así sean elementales en la “emoción primaria”), sensitivo-afectivos y motores. El trío descrito que forma el estado emocional (“me siento temeroso, con algo que me intimida y me veo huyendo/enfrentándome o con ganas de hacerlo”) integra una totalidad que se me presenta, me acontece, y exige en general un tratamiento adecuado.

Algo puede gustarme, puedo tener la intención de realizar una acción, y no dárseme emoción alguna, sin embargo –desde nuestra aproximación- siempre habrá sentimiento. La querencia, como cualquier fenómeno tras la adquisición del lenguaje verbal, siempre implica sentimientos.

Centrándonos en la emoción, decir o pensar que “porque me disgusta Venecia, me produce desagrado verla” explica poco o demasiado el disgusto y el desagrado. Afirmar que “porque me disgustan los gusanos, me producen repugnancia”, o supone una inferencia que exigiría mayores argumentaciones, o resulta tautológico y circular en un “disgustar” que equivale a “dar asco”.

Para las afecciones, especialmente en el caso de la emoción, resulta de particular interés distinguir la querencia antecedente de la querencia consecuente. Realicemos dos aseercciones:

- 1) Me alegra (emoción) viajar, porque me gustaría (querencia-inclinación) no permanecer aquí”.**
- 2) Me alegra (emoción) quedarme aquí, porque me gustaría (querencia-inclinación) no viajar”.**

En ambos casos las querencias-inclinaciones son antecedentes de una emoción. La situación inversa se presenta en el comentario “me atemoriza (emoción) el cuchillo, no quiero verlo cerca”; aquí la querencia-inclinación es consecuencia de la emoción.

Querencia antecedente y querencia consecuente se siguen –por definición- una a la otra sea directamente (como en nuestra primera pareja de aseercciones), sea indirectamente –por intermedio de la emoción- en las segundas aseercciones.

- 4.6 Sujeto, objetos, afecciones (emociones y sentimientos) forman un entramado con las querencias y las creencias. Sobre el contexto de algunas afecciones.

El objeto del mundo me solicita, lo capto y me afecta. Mis querencias solicitan al objeto del mundo, lo capto y me afecta. Hay en todo ello una recursividad marcada expresamente en la “cita” de esos dos “algunos” que se definen mutuamente y que también definen lo acontecido en la “cita”. Los dos “algunos” son el que capta y lo captado, y aquello que se da en la “cita” es el amarillo del color visto, lo dulce de lo degustado, o el carácter y sentido de la comprensión y de la afectación. Lo que “comprendo” se enmarca en la creencia, lo que me afecta en la afección.

Más allá de situaciones que despliegan reflejos emocionales (o de procesos patológicos que disocian lo que sólo así es disociable), esas afectaciones específicas que son las afecciones se inscriben como elementos en una clase general que engloba también sentido y significación en el ámbito de las relaciones del sujeto y sus objetos. Así pues, sujeto, objetos, captación, sentido y significación, y también querencias-inclinaciones, querencias-voliciones e intenciones se encuentran sólidamente entrelazadas:

- 1) Decir que “siento miedo” o que “estoy avergonzado” son inmensas contracciones que suman múltiples contenidos que han de ser desplegados en el tiempo de la descripción o narración.
- 2) Que no sea consciente de ese despliegue, o que lo atribuya erradamente a un determinado contexto, no es la muestra de que tales contracciones no existen sino que refleja las complejidades relacionales y –especialmente- el juego de los opuestos (conflictos).
- 3) La complejidad se da en los movimientos simultáneos a la búsqueda de la distancia oportuna; tanto en cada una de las relaciones con un objeto, como en las complementariedades con otros objetos (Zuazo, 37).
- 4) Otra fuente de complejidad en el tema de las afectaciones viene dado por la intrincación o cadena en la que se suceden las afecciones (emociones y sentimientos).
- 5) Cuando la afectación parece tener por objeto algo mío, algo que me corresponde, ese objeto no es sino intermedio en un acontecer o relación con un segundo objeto del que el primero no es sino medio.
- 6) Otro tanto con respecto a ciertos haceres del propio sujeto –por ejemplo gratificantes y en el origen de satisfacciones- que no son sino pasos en la búsqueda del hacer del objeto.
- 7) El objeto “hace” tal o cual actividad y comportamiento, pero a la vez el objeto en tanto “es” se me presenta activo en cuanto exhibe su ser. Dado que en muchas ocasiones el impacto del objeto en mí tiene que ver con este segundo aspecto, hemos diferenciado el “hacer haciendo” del “hacer siendo”, alternativa también aplicable al propio sujeto.

A pesar de la simplificación sin duda abusiva que supone situar las afectaciones (afecciones) según unos ejes que rompen con las naturales complejidades señaladas más arriba (cadena y carácter mixto de las emociones y sentimientos, complementariedades y oposiciones en las relaciones), expresaremos en el cuadro que sigue algunas afecciones, y el objeto implicado (su posición y significación como tal, y su sentido según los haceres):

Captación de lo que el otro hace /es/ genera en mi	Lo que significa para mí . Sentido que le doy.	Afectación (afección) intermedia o final	Consecuencia. Comportamiento buscado
<u>Serie temerosa</u>			
<ul style="list-style-type: none"> ▪ Amenaza, agresión ▪ Amenaza, abandono 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Peligro de agresión incontrarrestable ▪ Peligro de ser abandonado 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Miedo a la agresión ▪ Miedo al abandono 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Huida. Evitación ▪ Adhesión
<u>Serie obsesiva</u>			
<ul style="list-style-type: none"> ▪ Intimida, amenaza al propio "poder" ▪ Seduce cognitiva o éticamente ▪ Ambos aspectos 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Peligro de anularme ▪ Peligro de anularme 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Miedo a que me quite "poder" ▪ Miedo a la anulación ▪ Elaboración obsesivo-compulsiva 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Defensa. Oposición ▪ Defensa. Oposición
<u>Serie histérica</u>			
<ul style="list-style-type: none"> ▪ Amenaza, me rechaza como un objeto anhelado ▪ Seduce afectiva o estéticamente ▪ Ambos aspectos 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Peligro de pérdida de objeto amado ▪ Peligro de ser poseído 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Miedo a la pérdida ▪ Miedo al exceso de unión ▪ Elaboración histérica (variación) 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Defensa. Adhesión ▪ Defensa. Oposición
<u>Serie satisfacción / decepción</u>			
<ul style="list-style-type: none"> ▪ Hace se comporta según lo anhelado ▪ Ha hecho ya lo anhelado ▪ No hace lo anhelado ▪ Cierta irreversibilidad en lo anhelado 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ "Todo va bien" ▪ "ya está logrado" ▪ "Todo va mal" ▪ Fracaso. Pérdida 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Alegría/ Satisfacción ▪ Tristeza/ Decepción 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Mantener la línea ▪ Saborear el éxito ▪ Cambiar la línea ▪ Renunciar. Perecer
<u>Serie amor / odio</u>			
<ul style="list-style-type: none"> ▪ Objeto con un "hacer siendo/ hacer haciendo" seductor atractivo ▪ Objeto con un "hacer siendo/ hacer haciendo" repelente, atacante ▪ Agrede ▪ Amenaza. Objeto desvalorizado, sucio 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ "Me atrae", "me complementa". ▪ "Me repele", "me ataca" (por exceso de unión o de separación) ▪ Peligro de ser dañado con posibilidad de defensa ▪ Peligro de dañarme, deteriorarme, disgustarme 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Amor /atracción ▪ Odio /repulsión ▪ Rabia ▪ Repugnancia 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Unión con el objeto. Relación íntima ▪ Separación. Alejamiento ▪ Ataque. Rechazo ▪ Rechazo

<u>Serie amor /odio (...)</u> <ul style="list-style-type: none"> ▪ “Hacer haciendo / hacer siendo” del objeto en actitud de desprecio ▪ “Hacer haciendo / hacer siendo” del objeto que hace pensar en unas demandas 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Peligro de desvalorización de ▪ Peligro de desvalorización de 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Humillación ▪ Vergüenza 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Hundimiento. Intento de superación ▪ Intento de deshacer lo hecho
<u>Serie de celos</u> <ul style="list-style-type: none"> ▪ Objeto amado que me abandona (por un tercero) ▪ Objeto rival que logra al común objeto amado 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Peligro de abandono y desvalorización ▪ Peligro de desvalorización y abandono 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Celos-dependencia ▪ Celos-rivalidad 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Intento de reconquistar el objeto amado. Intento de superar la dependencia ▪ Intento de superar al rival
<u>Serie de envidia</u> <ul style="list-style-type: none"> ▪ Objeto similar con logros superiores a los míos ▪ Focalización en el rival 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Peligro de fracaso / desvalorización para obtener el objeto anhelado ▪ Peligro ante todo de desvalorización ante el objeto envidiado 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Envidia-“triangular” ▪ Envidia- “dual” 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Intento de obtener al objeto Superación del rival ▪ Superación del rival

5. SOBRE EL APETITO Y EL DESEO

Emoción y apetito preceden al lenguaje verbal pero después, ellos mismos, sufren los efectos de las nuevas modalidades de elaboración psicológica. Emoción y apetito se emparejan sucesivamente con el sentimiento y el deseo (querencia-volición) de modo tal que el deseo es al apetito lo que el sentimiento a la emoción:

$$\frac{\text{Deseo}}{\text{Apetito}} = \frac{\text{Sentimiento}}{\text{Emoción}}$$

Es clásico afirmar que la necesidad, cubriendo al apetito, se instala en lo periódico y en el hábito repetido de consumo de un objeto que lo colma y lo aniquila temporalmente. Ese objeto del apetito sería, al menos relativamente, específico y de carácter externo. El

objeto del deseo aparecería como siempre inadecuado y predominantemente intrapsíquico: ¿qué pretenden tales afirmaciones?.

Poseo conciencia del objeto, percibo, por ejemplo, el objeto, pero poseo –en el instante– conciencia de mí como percibiendo el objeto. De hecho únicamente de esta manera no me hundo, no caigo en el objeto, solamente así mantengo mi independencia con respecto al objeto.

Ser independiente, mantener mi identidad, exige desear que esa conciencia de mí se mantenga. Lo dicho para la percepción vale para el deseo: deseo el objeto no confundíndome en él sólo si me deseo como sujeto. “De ahora en adelante (es decir: tras Hegel) –escribe Hippolite (38, pp.154-158)- la conciencia tiene un doble objeto...”, uno inmediato, “objeto de la certeza sensible y de la percepción”, pero que está marcado por su carácter negativo (aparece y desaparece como fenómeno); y un segundo que sería “la verdadera esencia” que es la propia conciencia tomada como objeto.

Busco en el objeto, además de él mismo, que me reafirme (deseo de reconocimiento). “Te quiero” es a la vez “ámame”, no por ser anhelo narcisista o de poder, sino precisamente por el deseo de reconocimiento que apoya mi conciencia de mí percibiéndolo o deseándolo. Solo manteniendo mi conciencia de mí evito confundirme en el otro.

Siguiendo esta idea, el deseo de un objeto se hace humano al ser mediatizado por el deseo del otro.

La bipartición parece cómoda, por un lado el apetito solapado con la necesidad, por otro lado la querencia-volición, el deseo. Sin embargo, como nos recuerda Rabouin (39, p.221) “es peligroso y falso cortar la necesidad del deseo”. Únicamente se daría en su pureza la necesidad animal en la abstracción, “ningún hombre `desea` simplemente comer sin preocupación de la variedad de la comida, de la calidad...”. La anorexia o la bulimia están ahí para recordarnos las complicadas intrincaciones.

Más allá de situaciones absolutamente excepcionales, si ellas existen, el apetito y la emoción surgen en un contexto y en el ser humano ese contexto es el de la conciencia, por tanto del deseo y del sentimiento.

Distinguiremos pues la emoción de la emoción-sentimental: la primera se manifiesta precediendo al lenguaje y tal vez en situaciones reflejas muy particulares; la emoción-sentimental forma pareja con el sentimiento en el humano hablante. De igual manera podríamos diferenciar el apetito, previo al lenguaje y la consciencia, del apetito-deseante contemporáneo y formando pareja con el deseo.

6. LA CONCIENCIA Y EL TIEMPO, EL RECONOCIMIENTO DEL OTRO Y EL OBJETO

Ser consciente exige un desdoblamiento entre el objeto del que soy consciente y de mí siendo consciente del objeto. Tal acontecer no habría de hacernos pensar en un tercer miembro de la interrelación que como homúnculo ve lo que sucede. Capto el objeto y capto la afectación por el objeto, hasta aquí la consciencia no tiene nada que decir, pero hay un movimiento diferente: capto el objeto y (me) capto afectado por él. Es preciso pues que se dé una sostenida captación de ese “me” capaz de ser modificada (por el objeto) en el tiempo. Únicamente puede entenderse el fenómeno descrito si en el “instante”, en cada uno de ellos, entra el pasado y se anticipa el futuro: soy y siento porque estoy siendo y estoy sintiendo, la identidad sin pasado y futuro carece de sentido. Es exigido una especie de procesamiento en paralelo que sume al sentir y conocer, la memoria e imaginación.

Desde el momento que como identidad soy autoconsciente, toda querencia parcelar (quiero esto o aquello) va más allá del objeto anhelado en esa querencia y toda labor es doble. La gran tarea de un ser autoconsciente de su identidad desplegada en el tiempo es mantenerse como tal; toda querencia parcelar es elemento de la clase general “sostenimiento de la identidad”. Pero como todo universal, el sostenimiento de la identidad no “está” en parte alguna del mundo, no hay un acceso a él sino a través de los elementos que de esta manera se tornan en medios. De ahí que nos encontremos con algunas particularidades:

1. No hay modo de colmar el vaso. Cada una de las querencias-voliciones comporta una parcela que sobrepasa la relación volitiva en curso para cumplir tareas con respecto a la identidad, y puesto que esa querencia no es sino uno de sus elementos nunca será suficiente, siempre pide más (o distinto).
2. El aparente más puro apetito (con el también aparente objeto específico) comporta cierto grado de insatisfacción al verse descentrado por un algo más a cuyo servicio se encuentra: el mantenimiento de la identidad.
3. El ser reconocido por el otro tampoco es capaz de llenar todo el espacio abierto por el sostenimiento de la identidad. Y no únicamente porque no se ve cómo pudiera darse un “total” reconocimiento, sino porque el propio reconocimiento, su aceptación y valoración, llevado al extremo hace correr el peligro de ver convertido al individuo en marioneta extremadamente dependiente.
4. Como en el “querer”, no se trataría de ser reconocido por el otro, sino de ser reconocido como uno quiere que le reconozcan. El complejo juego de distancias (Zuazo, 40) ocupa una vez más un papel preponderante.

Pero el objeto que está “fuera” y no soy “yo”, el que puede gratificarme y que además puede –en alguna medida- reconocermé, no es solamente “objeto externo” (aunque también lo es). No soy un receptor de radio que sintoniza con las ondas hertzianas; como señalábamos más arriba todo parece inclinarnos a un modelo en el que soy un receptor que (re) capta lo emitido por mí mismo como emisor. El objeto aparece en las deformaciones de lo previamente emitido por mí: el objeto es, también, objeto “interno”. O más bien el

objeto como Alter suma aspectos internos y externos. Bien mirado, ¿podría ser de otro modo?.

7. BIBLIOGRAFÍA

1. Zuazo J I. Sobre la emoción y el sentimiento: lenguaje verbal y sistema de relaciones objetales: II) emoción y sentimiento. *Anales de Psiquiatría* 2002; 18, 2: 54-66.
2. Russell B. *Signification et vérité*. París, Flammarion, 1969.
3. Damasio AR. *Le sentiment même de Soi*. París: Odile Jacob, 2002.
4. Changeux J P, Connes A. *Matière à pensée*. Paris: Odile Jacob, 2000.
5. Descartes R. *Méditations métaphysiques*. Paris: Nathan, 1983.
6. Eco U. *Kant et l'ornithorynque*. Paris: Grasset, 1999.
7. Kant I. *Antropología*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
8. Descartes R. *Las pasiones del alma*. Madrid: Técnos, 1997.
9. Spinoza. *Ética*. México: Porrúa, 1999.
10. Morfaux L M. *Diccionario de ciencias humanas*. Barcelona: Grijalbo, 1985.
11. Dugas J. *La cenesthésie*. *Journal de Psychologie*, 1924.
12. Biswanger L. *Délire*. Grénoble, Millon, 1993.
13. Austin J L. *Sentido y percepción*. Madrid: Tecnos, 1981.
14. Zubiri X. *Notas sobre la inteligencia humana*. *Asclepio, Archivo Iberoamericano de Medicina y Antropología Médica* 1966-67; 18-19: 341-353.
15. Scheler M. *Gramática de los sentimientos*. Barcelona: Crítica, 2003.
16. Piaget J. *La psychologie de l'intelligence*. Paris: Colin, 1976.
17. Damasio AR. *L'erreur de Descartes*. Paris: Odile Jacob, 1994.
18. Zubiri X. *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
19. Schopenhauer A. *La libertad*. Valencia: Sempere Editores, 1935.
20. Aristóteles. *Acerca del alma*. Barcelona: Biblioteca básica Gredos, 2000.
21. Vernant JP, Vidal-Naquet P. *Mythe et tragédie en Grèce ancienne, Tome I*. Paris: La découverte, 2001.
22. Freud S. *Los instintos y sus destinos. Obras Completas, Tomo VI*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
23. Maturana H, Varela F. *El árbol del conocimiento*. Madrid: Debate, 1990.
24. Bratman ME. *Intention, Plans and Practical Reason*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.
25. Searle J. *Intentionnalité*. Paris: Minuit, 1987.
26. Lyons W. *Emoción*. Barcelona: Anthropos, 1993.
27. Chein I. *The science of behavior and the image of man*. New York: Basic books, 1972.
28. Dahl H. *La hipótesis apetitiva de las emociones: Un nuevo modelo psicoanalítico de motivación*, en Mayor, L. (comp.): *Psicología de la emoción*. Valencia: Promolibro, 1988.

29. LeDoux, J., *El cerebro emocional*, Barcelona, Ariel-Planeta, 1999.
30. Rimé B, Philippot P, Cisamolo D. Social Schemata of peripheral changes in emotion. *Journal of personality and Social Psychology* 1990; 59: 38-49.
31. Scherer KR, Scherr A, Johnstone T (Eds). *Appraisal processes in emotion: Theory, Methods, Research*. New York and Oxford: Oxford University Press, 2001.
32. Scherer KR, Sangsue J. Le système mental en tant que composant de l'émotion. Présentations lors des XXV Journées d'Etudes de l'Association de Psychologie Scientifique de Langues Françaises. Coimbra, Portugal, 1995.
33. Zuazo J I. Psicosis delirantes y sistema de relaciones objetales (I): Parecer y aparecer. Mundo posible actual y certeza delirante. *Anales de Psiquiatría* 2001; 17, 3: 100-108.
34. Zuazo J I. Psicosis delirantes y sistema de relaciones objetales (II): La contradicción psicótica, el ego y el alter, formas clínicas. *Anales de Psiquiatría* 2001; 17, 3: 109-118.
35. Fonagy P. Développement de la psychopathologie de l'enfance à l'âge adulte: Le mystérieux développement des troubles dans le temps. *Psychiatrie de l'enfance* 2001; XLIV: 333-369.
36. Pervin LA. *La ciencia de la personalidad*. Madrid: Mc Graw-Hill, 1996.
37. Zuazo J I. El sujeto y sus objetos: enunciación y experiencia, aspectos psicológicos y psicopatológicos. *Anales Psiquiatría* 1997; 13, 1: 31-40.
38. Hippolite J. *Genèse et structure de la Phénoménologie de l'Esprit de Hegel*. Paris: Ambier, 1946.
39. Rabouin D. *Le désir*. Paris: Flammarion, 1997.
40. Zuazo JI. El sistema de relaciones objetales como estructura psicológica y la psicoterapia: (I) división, disociación, "tópicas", categorías y clases. *Anales de Psiquiatría* 1998; 14, 7: 314-323.